





# **EL ROBLE AZUL**



# EL ROBLE AZUL

Dam Fernández



 Ediciones  
Radagast

Uviéu, 2022

Primera edición: 2022

©del texto: Damián Fernández 2022

©de la portada: Fátima Acaso

©diseño y maquetación: Ediciones Radagast

Plaza La Noceda 2 – 6B – 33010 Uviéu

[www.edicionesradagast.com](http://www.edicionesradagast.com)

[info@edicionesradagast.com](mailto:info@edicionesradagast.com)

Depósito Legal: AS AS 01481-2022

ISBN: 978-84-18365-23-2

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la incorporación a sistema informático en forma alguna, ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, reprográfico o cualquier otro sin el permiso previo y por escrito de la editorial.



*A mis padres, Mari y Álvaro, por enseñarme el camino.  
A mi tía Marisa, porque siempre estás junto a mí.  
A mi abuelo Paco, porque te echo tanto de menos.  
A mi mujer, Leticia, por ser la luz en medio de mi oscuridad.  
Y a mis hijas, Leti y Rocío, porque lo sois todo para mí.*

*A todos vosotros, por lo que no está escrito.*



# Parte I

## Preludio

He roto la Semilla. Aún no sé cómo, pero lo he conseguido. Desde este cautiverio es imposible saber si servirá de algo, pero es lo único que puedo hacer por ahora. Si llega a germinar, y rezo porque así sea, ella sabrá qué hacer. Tiene la fuerza, y el coraje. La sangre de dos mundos corre por sus venas. Aunque ella aún no lo sepa.

# La Puerta

Un ruido seco rompe el silencio, despertándome. No sé qué hora es, pero aún no ha amanecido, aunque el cielo empieza, perezoso, a clarear. Tras el crujido, nada. Silencio. O, peor aún, vacío. Es como si la casa se hubiera tragado cualquier sonido, como cuando los oídos se taponan y sientes sólo el latido de tu propio corazón.

Permanezco quieta unos segundos, intentando no moverme para ver si consigo detectar algo, cualquier mínimo sonido o movimiento. La casa sigue sin vida, muerta. Decido, aún con las pulsaciones a buen ritmo por el susto, volver a taparme e intentar coger el sueño, no creo que me queden muchas horas de descanso antes de que el despertador suene. Pero nada más cerrar los ojos, el ruido regresa. Suena como chasquido en las propias entrañas de la casa, profundo, muy profundo. Apenas dura un segundo o dos, pero a mí se me hace eterno. Y vuelve el silencio.

Salgo de la cama y poso los pies en la madera. Está fría y se me eriza la piel. Los últimos días han dejado un grueso manto de nieve, regalo de los últimos coletazos del invierno. Busco debajo de mi cama y, palpando a ciegas, aún con la luz apagada como precaución, agarro un palo de hockey ajado por los años. Despacio, me acerco a la puerta de mi cuarto y la abro con cuidado, esperando unos segundos para comprobar si alguien se mueve. Cuando todo está en calma me armo de valor y salgo al pasillo. Mi habitación está en la planta superior, al fondo de un largo pasillo que da a las escaleras. Llego a la habitación de mi madre, donde yace inconsciente desde hace ya varios meses. La trasladamos allí cuando enfermó, aunque el único que parece saber qué le ocurre es mi padre. El mismo que se fue una semana después de que la enfermedad la consumiera.

Al fin llego al final del pasillo y me asomo, con cautela. Y el corazón me da un vuelco. «No puede ser, Julia», me digo.

«Estás soñando aún», aunque mis sueños dejaron de visitarme desde lo de mi madre. Lo que veo es tan maravilloso y perturbador que dejo mi boca abierta, boqueando cada cinco segundos porque casi se me ha olvidado hasta respirar. En medio del recibidor ha aparecido un enorme roble cuyas raíces percuten los lustrosos suelos de madera, abriendo enormes grietas a su paso. La luz de la mañana empieza a filtrarse por los grandes ventanales y me muestran el color azul del extraño árbol. Su corteza, arrugada como el rostro de un anciano envejecido por el Sol, tiene unos tonos de azul pálido, mientras que sus hojas tienen el intenso color de las azaleas. Es un árbol enorme y llena todo el recibidor, llegando a tocar el techo, a unos ocho o nueve metros de altura. Las ramas se escurren hacia el salón, por un lado, y por el otro hacia la cocina. Y brilla. De forma tenue, pero brilla. El leve resplandor titila ligeramente, como una pequeña estrella, llamándome.

Me acerco con mucho cuidado, maravillada, cuando al fin logro cerrar la boca. Lo hago despacio, no por miedo, sino con un aire casi reverencial. Algo en el roble me dice que no me hará daño. Ignoro por qué, pero sé que no es peligroso. No al menos como pudiera serlo una serpiente o un león hambriento. Majestuoso. Sin duda alguna sería la palabra que mejor podría definirlo.

Justo antes de tocarlo un recuerdo me viene a la mente y paraliza mi mano: mi padre, el día justo en que se fue, me llamó a su despacho, en la segunda planta, la más alta de la casa. Subo muy pocas veces porque es su refugio y normalmente cuando me llama a él es porque he hecho algo mal. Pero algo en su voz me decía que aquel día no iba a ser como siempre. Al entrar me lo encontré sentado en un viejo chester de piel oscura. Parecía cansado, exhausto. Estaba leyendo un fajo de lo que parecían ser pergaminos viejos. Algo extraño para un hombre que no se separa de su portátil y su tablet. Al entrar yo se quitó unas gafas cuadradas, de montura metálica y fina.

—Quiero hablar contigo, Julia. De tu madre.

Intentaba sonar sereno, pero apenas lo conseguía, así que intenté ponérselo fácil y tomé la iniciativa.

—Se muere, ¿verdad? Puedes decírmelo. Prefiero saberlo ya...

—No, cariño. O no de momento, mejor dicho. —Tomó aire y se sujetó el puente de la nariz con el índice y el pulgar de su mano libre—. Mamá no está enferma. Ella no puede enfermar como nosotros.

Yo daba por hecho que mi madre tenía cáncer o algo así, y que se moría. Llevaba toda la semana intentando parecer fuerte, hacerme a la idea. Saber que no se moriría y que no estaba enferma debería haberme hecho muy feliz. Pero algo iba mal. El rostro de mi padre ya no ocultaba nada. Guardé silencio, intentando dar pie a mi padre para que continuara.

—Cariño, hay algo que no sabes. Algo muy importante sobre mamá. Quiero que me escuches bien —y su tono de voz se tensó— y que no me hagas ninguna pregunta. ¿Me has entendido?

Asentí, ¿qué más podía hacer?

—Julia, ¿alguna vez te has preguntado por qué no conoces a ningún familiar de tu madre?

—Murieron. Mamá siempre dice que están lejos, que están en otro lugar...

—Algunos murieron, claro. Pero decir que están en otro lugar no significa siempre que hayan muerto. Julia, tu madre no pertenece a este mundo, y lo que le pasa no tiene nada que ver con ninguna enfermedad.

Dejó la frase en el aire, meditando cómo seguir con la conversación. En ese momento yo me sentía bloqueada, incapaz de asumir el significado de lo que me estaba contando. Mi padre parecía entender mi estupor, porque aún tardó unos segundos en continuar, fijándose bien en que mi mirada se perdía en algún punto lejano. Incómoda.

—Julia, tienes que escucharme bien —continuó, al fin—. Podrá sonarte a locura, no le encontrarás el sentido aún. Pero créeme, es de vital importancia —se levantó, nervioso como nunca antes lo había visto—. Existen otros mundos diferentes al nuestro, muy diferentes. A veces, solo a veces, se abren puertas entre esos mundos. Ignoro cuántos son, si es que hay más que éste y el de tu madre, pero es así. Lo que le

pasa a tu madre... tiene que ver con algo que está sucediendo allí. Y tengo que ir. Tengo que rescatarla. El deseo de tu madre era contártelo el año que viene, cuando cumplieses 17 años. Yo no voy a romper más su voluntad, entiéndelo. Pero tenías que saber a dónde me voy. Tu tía (en realidad era una antigua amiga de mamá) está de camino para hacerse cargo de tu hermano y de ti. Ella está al tanto de todo —me mira inquisitivo— pero no te responderá a nada. No la fuerces.

Me quedé paralizada, incapaz de pronunciar una palabra. Por un lado pensé que la enfermedad de mi madre había enloquecido a mi padre, que verla moribunda sobre aquella cama había minado sus entendederas. Pero por otro... No, tenía que confiar en él. Mi padre era una roca capaz de sujetar el mundo, no se dejaría arrastrar por la desesperación sin luchar. De pronto pareció entrever mi lucha interior y se arrodilló ante mí, cogiéndome las manos con su dulzura infinita, esa misma que retiraba el revoltoso pelo de mi madre para besarla en la frente. Y clavó sus ojos azules, del mismo color que el hielo de un glaciar, en los míos:

—¿Confías en mí, cariño? —me preguntó, casi como una súplica.

Guardé silencio, con un leve sentimiento de culpa. Confío en él, hubiera quiero decírselo. Pero me siento, aún hoy, engañada, indigna. ¿Por qué no he sabido esto antes? ¿Por qué me lo han ocultado? Él detectó mi desazón. Con la mirada baja, como quien se siente avergonzado, aumentó un poco más la presión sobre mis manos.

—Queríamos protegerte, cariño.

—¿De qué?

—Del que ha encadenado a tu madre a esa maldita cama—.

Alzó la mano, solicitando un respiro al ver que pensaba interrumpirlo—. Es difícil de explicar, Julia. Tienes la sangre de dos mundos, y eso, para alguien como él, es peligroso. Tienes poder y él intentará utilizarte, o destruirte. En cuanto sepa de ti... correrás peligro. Todos lo correremos.

—¿Quién es él? ¿De quién me hablas?

—Un hombre enloquecido por el poder. Un hombre que vería los mundos arder a cambio de dominarlos. Su nombre

es Kelan, emperador del mundo de tu madre.

La conmoción me paralizó. Mi mente comenzó a vagar por un laberinto de emociones, retorciéndose en cada recodo, en cada esquina. Mi padre no me presionó. Con la paciencia de quien sabe que ha apretado el botón de una bomba, mantuvo las manos sobre las mías y los ojos entornados en una súplica. Pudo pasar un minuto, o tal vez una hora. No lo recuerdo bien. Cuando la vida te da un vuelco es difícil calcular con precisión el tiempo. Al fin, su voz me trajo de vuelta.

—¿Confías en mí?

—Siempre.

Sus ojos, entonces, se anegaron en unas lágrimas gruesas y sinceras. Me besó la frente y me abrazó durante un buen rato mientras me susurraba, sin parar, un «gracias» tan sentido que arrancó en mí también un llanto profundo que llevaba una semana conteniendo.

—Una cosa más, cariño, —me dijo con un hilo de voz—. Si fracaso, si no consigo traer de vuelta a mamá...

—Papá... —traté de interrumpir, pero sus dedos se posaron sobre mis labios, silenciándolos.

—Escúchame Julia. Si no lo consigo... Puede que las puertas se te abran a ti. No puedo decirte cómo, pues ignoro de qué forma. Pero lo sabrás, créeme que lo sabrás. Si se te abren, crúzalas. Busca al druida. Busca a Teoneth. Confía en él.

Y ahora un enorme árbol azul ha nacido en el recibidor de mi casa. Un tipo de árbol que ni siquiera crece en esta zona del país. Vuelvo a levantar la mano, expectante. ¿Es la puerta? ¿Papá, has fracasado?

Cuando acerco la palma de la mano al tronco del roble la tenue luz gana fulgor y mi mano siente una especie de temblor en su corteza, como si el propio árbol fuera capaz de expresar ansiedad, o como si fuera un reflejo de la que siento yo. Aguardo unos segundos, conteniendo el aire, sin saber muy bien por qué.

Al fin lo toco y un viento imposible se comienza a arremolinar en mis pies. Gana fuerza y, en seguida, me rodea, haciendo girar todo el recibidor, pero sin que yo ni el roble

nos movamos. La casa entera se convierte en un borrón y, de pronto, me encuentro en una negrura abrumadora. El viento ha cesado de soplar y sé que estoy en medio de ninguna parte, frente al árbol. De repente siento unos ojos fijos en mí. No puedo verlos, pero los siento escrutándome, como si pudieran ver dentro de mí, como un ser implacable que examinara mi propia cabeza y mi corazón. Al cabo de un rato que me parece una eternidad, los ojos sonríen. O, más bien, siento cómo sonríen. Una voz, clara como el agua de un manantial, resuena entonces en mi cabeza:

—Te concedo el don de entender mis lenguas. Recorrerás senderos que nadie ha trazado antes. Tienes mi permiso, hija de Centinela.

Y la oscuridad revienta con un estallido brutal.

# El Golpe

Me desplomo en el suelo como si hubiera sufrido una caída desde poca altura. Cuando abro los ojos veo que me encuentro en medio del campo, a los pies de una ligera ladera coronada por el roble azul. Hacia el otro lado un océano de hierba se extiende hasta llegar a un tupido bosque de mimosas. Doy vueltas, intentando descubrir algo que sea reconocible para mí, pero no encuentro nada. ¿Cómo habría de encontrarlo? Al fin y al cabo, hace unos instantes, estaba en mi casa, donde el invierno seguía castigando el paisaje con nevadas y un frío espantoso. Aquí el clima es cálido, sin ser excesivamente caluroso. El sol brilla en lo alto y una brisa arrastra el aroma del bosque cercano. Es como estar en la campiña en los últimos días de la primavera.

¿Me he vuelto loca? No dejo de preguntármelo, aterrada. Pero por otro lado las palabras de mi padre no me abandonan. «Julia, tu madre no pertenece a este mundo», «si se abren las puertas, crúzalas».

Subo hasta al árbol, aún descalza y con el pijama puesto. Me fijo en el roble y lo veo más apagado, sin vida. El brillo que lo hacía titilar ya no es más que un recuerdo y no siento que la corteza vibre al acercar mi mano. Lo toco, pero sé que la puerta se ha cerrado. Ese no es el camino que me llevará de vuelta a casa.

Respiro profundamente, intentando aplacar el pánico que amenaza con abrirse paso en mí. Cierro los ojos y sigo respirando, tal y como me enseñó mi padre cuando íbamos de escalada y me quedaba colgando de un risco.

Al fin consigo templar los nervios y hacer funcionar mi cerebro. Giro y observo el paisaje, bello como un cuadro de los que tanto le gustan a mi madre. Con un solo giro de cabeza puedo contemplar casi todo el espectro de colores: el azul límpido de un cielo despejado, sólo punteado por alguna pequeña nube perfectamente blanca; el verde brillante de la



hierba salpicado por un mar de flores azules, rojas, rosas y amarillas. Tal vez, pienso, por eso le gustaban tanto esos cuadros a mamá. Tal vez le recuerden a su hogar.

A los pies de la ladera veo una pequeña casa, tan pequeña que casi la paso por alto. Aunque llamarlo casa tal vez sea excesivamente generoso por mi parte. Es más bien un chamizo, cubierto de musgo verde por lo que parece ser su cara norte y parte del tejado. Las ramas de un sauce tapan el resto de la techumbre, ocultando buena parte de la construcción. Lógico que casi no la viera: parecía camuflada en el paisaje.

Sin caminos marcados a simple vista, decido dirigirme hacia allí atravesando la hierba, sintiéndola fresca en mis pies a pesar del sol. Cuando me acerco y la perspectiva de mi vista se va alineando con la casa, puedo ver un par de pequeños huertos a un lado de la choza, antes ocultos tras las ramas colgantes del sauce. No parece que haya nadie, aunque veo una puerta entreabierta. Antes de entrar rodeo la casa y veo más huertos. Hay media docena de ellos diseminados a pocos metros unos de otros. Un par tienen flores de muchos colores, aunque no consigo reconocer ninguna. Otros dos tienen la tierra trabajada, pero sin que nada vivo asome de entre el estiércol. Los dos restantes yacen muertos, abandonados o en barbecho.

Doy la vuelta a la casa y miro por la ventana, esperando encontrarme a alguien allí dentro, pero la casa está desierta. Coloco mi mano derecha sobre los ojos, haciendo visera, para intentar encontrar al propietario en el paisaje, a lo lejos. Nada. Ni un alma.

El sol comienza a apretar y la sed se despierta, así que entro en la casa para buscar algo de beber. Es una choza de una sola estancia y con un fuerte olor a infusión. A la izquierda de la puerta veo la ventana donde me asomé hace un rato y un hogar encendido con una olla colgada a cierta altura, calentándose a fuego lento. Me acerco a ella y aspiro. El aroma del mejunje me trae recuerdos... Huele a casa, una mezcla de jengibre, cardamomo, hierbabuena y manzanilla. Por un momento me relajo y dejo que la melancolía me invada. Los recuerdos de tardes de domingo, escondidos de la nieve frente

al fuego de la chimenea, leyendo los cuatro (mis padres, mi hermano y yo) diseminados por el salón. Siendo felices.

Me tomo un par de segundos, pero enseguida me repongo. Al otro lado de la casa hay una mesa de madera basta llena de dibujos de plantas. Un poco más al fondo un camastro de paja y una estantería llena de pequeños cajones completan el mobiliario. Y algo más. Una chapa metálica, con poco brillo pero limpia, parece clavada a la pared. Me acerco, pues me parece curioso que sea la única pieza ornamental del chamizo. En el centro de la placa hay algo, pero no puede ser... Mi cabeza entra en un torbellino de pensamientos y emociones, ¿cómo puede estar ese símbolo ahí? Es imposible, me digo, y sin embargo lo tengo delante de mis ojos. Acerco la mano para acariciar el símbolo, sentirlo de nuevo.

Y es lo último que hago antes de perder la consciencia. Un golpe por la espalda, en la cabeza, me derriba y deja inconsciente.

Me paso las siguientes horas, o tal vez días, en una molesta duermevela. Cada cierto tiempo consigo recuperar la consciencia, pero vuelvo a apagarme a los pocos segundos. Consigo, no obstante, mantenerme despierta el tiempo suficiente para escuchar una conversación, una discusión. Distingo, al menos, dos voces. Una de ellas suena furiosa, realmente molesta. Es una voz seca, ronca pero más bien aguda. Escupe las palabras, en una retahíla de reproches. La otra casi apenas se deja oír.

—...casi la matas, inútil. Es una niña, ¿qué peligro suponía?

—Yo... lo siento —se disculpó la segunda voz.

—Y más que lo vas a sentir, si le pasa algo tendrás que responder por esto —y un chasquido, como una bofetada, resonó en la estancia—. Ahora vete. Necesito pensar. Lárgate al pueblo y espera a que te llame. Y pon tu cabeza a funcionar por una vez. Quiero saber qué está ocurriendo, así que ya sabes.

Siento que discuten durante un buen rato, pero ya no soy capaz de entenderles. La duermevela me arrastra de nuevo y en seguida vuelvo a quedarme inconsciente.

Despierto cuando un rayo de luz se cuele por la ventana y me da en el rostro. Entreabro un poco los párpados, lo justo para hacerme una idea de lo que me voy a encontrar. La somnolencia ha desaparecido, pero la sien me palpita y el dolor me atraviesa como una cuchilla caliente. Estoy tendida en el camastro de paja, tapada hasta el cuello a pesar del calor de la estancia. Justo a mi lado hay alguien, sentado. Aguanto la respiración, intentando que no descubra que estoy ya consciente. Abro un poco más os ojos, aunque los mantengo lo suficientemente entornados para que no me detecte. Es un hombre calvo, de extrema delgadez. Unos anteojos redondos y de fina montura reposan sobre su aguileña nariz, dándole un aspecto de erudito sosegado. Nunca he sido buena calculando la edad, pero aparenta unos cuantos años menos que mi padre, así que rondará la cuarentena. Viste una camisa blanca sin cuello de lino, que le queda enorme y le deja el pecho al descubierto. Lleva también unos pantalones azules de lona, muy bastos y arrugados. Me llama la atención que, pese la pulcritud de sus prendas, la planta de sus pies, apoyados sobre un taburete de madera, luce una considerable cantidad de roña. En una mano sujeta un libro y sobre la otra una taza humeante.

—Es sorprendente lo poco que apreciamos el arte de escuchar —dijo con una voz ronca y seca, la misma que escuché abroncando mientras me iba y volvía de la inconsciencia—. Verás, saber escuchar me ha permitido deducir que, al fin, te has despertado. Tu respiración se ha acelerado ligeramente y has pasado a respirar por la boca, y luego la has contenido un par de segundos. Sin embargo, si alguien se hubiera dignado a enseñarte a ti, habrías detectado que mi respiración, por su parte, se ha paralizado dos inhalaciones. Y que, por tanto, te había descubierto.

Algo no encaja en su forma de hablar. Entiendo las palabras que dice, pero su boca no vocaliza las sílabas tal y como debería. Como un vídeo que no está sincronizado. O como cuando en televisión doblan la voz de un actor extranjero. «Te concedo el don de entender mis lenguas». La voz del roble vuelve a mí como un recuerdo demasiado lejano. ¿Puede ser

eso? ¿O me he vuelto ya loca?

El hombre calvo cierra el libro y lo apoya en el taburete donde reposaban sus mugrientos pies al mismo tiempo que se incorpora ligeramente hacia mí. Se ha quitado las gafas y me mira con unos ojos turbadores mientras sufre ligeros espasmos en el cuello y en los ojos, como alguien que tiene un ataque de nervios. La imagen plácida de erudito ha desaparecido y tengo la sensación de que tengo delante de mí a un demente.

—Es importante saber escuchar, niña —continúa, haciendo caso omiso al susto que, sin dudar, se refleja en mi rostro—. Así que por qué no me cuentas quién eres y qué hacías husmeando en mi casa. Quiero escucharlo.